

II. ¡HE VISTO AL SEÑOR!

Jn 20, especialmente Jn 20,1-2. 11-18.

En este día estamos tratando de introducirnos en los ejercicios. La meditación de la mañana pretendía ayudarnos a recuperar poco a poco la experiencia de oración. Esta tarde vamos a continuar en esa dinámica, reviviendo y actualizando nuestro encuentro personal con Jesucristo resucitado. Esta experiencia pascual es el fundamento de toda vida cristiana, y también la atalaya desde la que hemos de contemplar el plan de Dios y los misterios de la fe.

Los cuatro evangelios terminan relatándonos diversas experiencias pascales. Para esta meditación he elegido el capítulo 20 de San Juan, y dentro de él, especialmente el encuentro de María Magdalena con el Señor resucitado (Jn 20,1-2. 11-18). Os invito a que nos detengamos en este pasaje, en el que seguramente reconoceremos nuestra propia experiencia.

Comienzo con una breve ambientación de todo el capítulo, con el que originalmente concluía el evangelio (Jn 20,30-31).

- La acción se desarrolla en tres domingos consecutivos (20, 1.19.26). El primer día de la semana era el día en que los primeros cristianos celebraban la resurrección del Señor. Juan quiere transmitirnos aquella experiencia original que ha sido meditada y vivida por muchos cristianos de su comunidad.
- El primer domingo Jesús se aparece a María Magdalena. El encuentro entre ambos se describe con detalle, mientras que la visita de Pedro y el Otro Discípulo al sepulcro se narra muy escuetamente. Para Juan, este encuentro es el modelo de la experiencia pascual.
- El segundo domingo Jesús se aparece a los discípulos, que estaban encerrados por miedo a los judíos. Su manifestación los llena de alegría.
- El tercer domingo está centrado en la aparición a Tomás. Es una catequesis preciosa sobre la necesidad de creer sin ver, sin pruebas y obedeciendo sólo al testimonio de los demás.

Lo primero que salta a la vista, al leer este capítulo es que el encuentro con el resucitado requiere tiempo. Se va dando poco a poco. También advertimos que hay diversas maneras de encontrarse con El: El Discípulo amado, María, los discípulos, Tomás ... A El se llega por diversos caminos.

A lo largo de este capítulo resuenan constantemente dos verbos: ver y creer. Se puede mirar sin ver, pero para creer es necesaria una mirada profunda que es capaz de ver lo que a simple vista no se ve.

Cuando Pedro entró en el sepulcro miró el sudario de Jesús, pero no vió que había resucitado. El discípulo amado, sin embargo "vio y creyó" (Jn 20,8). Para poder VER es necesario mirar con amor.

La otra clave para saborear este capítulo es mirarlo como una sucesión de testimonios de fe:

María a los hermanos: ¡He visto al Señor!

Los discípulos a Tomás: ¡Hemos visto al Señor!

La experiencia del encuentro con el Resucitado es tan intensa que necesitamos contársela a otros.

Con estas claves ya podemos detenernos en la experiencia de María Magdalena. Voy a intentar leerla desde vuestra condición de Siervas, llamadas a dar testimonio de la resurrección de Jesús a los apóstoles. Ya es bien significativo que la experiencia pascual que se describe con más detalle en Juan y en todo el Nuevo Testamento sea la de una mujer.

[Jn 20,1-2]

Los otros tres evangelios dicen que fueron varias las mujeres que se encaminaron hacia el sepulcro en la mañana de pascua. Juan se ha quedado sólo con María. Quiere subrayar que el encuentro con el resucitado es, ante todo, una experiencia personal. Nadie puede sustituirnos. Tenemos que vivirla cada uno de nosotros. Por eso la confesión final de María es también personal, ¡He visto al Señor! (Jn 20,18).

Al llegar al sepulcro se encuentran con algo sorprendente: la pesada piedra que cubría la entrada ha sido quitada. María ha mirado, pero no ha sido capaz de ver en la piedra rodada el signo de que Jesús ha resucitado. Su interpretación es muy distinta: "se han llevado al Señor del sepulcro, y no sé donde lo han puesto". Notad que va enseguida a contar su primera experiencia a Pedro y al Discípulo Amado.

María no ha sido capaz de "ver" aún, porque su búsqueda iba mal orientada. Ella buscaba al Jesús terreno; al profeta que había conocido en Galilea, al maestro al que había seguido hasta Jerusalén. Busca el cuerpo muerto de aquel por quien se había sentido seducida. De hecho su búsqueda, en la que por tres veces pregunta por Jesús, nos recuerda la búsqueda desesperada del amado por parte de la amada en el Cantar de los Cantares (Cant 5, 6-8).

En esta búsqueda de María nos sentimos reflejados también nosotros. Los primeros pasos no siempre van bien encaminados. Buscamos a un Jesús a nuestra medida, y por eso no somos capaces de ver los signos de su presencia. Pero si perseveramos, aunque sea en medio de las lágrimas, el Señor saldrá a nuestro encuentro, como le ocurrió a María.

[Jn 20,11-18]

El encuentro con Jesús está descrito con rasgos muy femeninos. Con frecuencia se presenta la experiencia pascual desde el punto de vista masculino, como algo interior, puramente intelectual. Aquí, sin embargo aparecen en primer plano los sentimientos. María se encuentra con Jesús desde el corazón y los sentidos.

- "Llora" porque ya no tiene a Jesús. Se lo han arrebatado. Y aunque esté muerto ella quiere tenerlo cerca.
- Todo su afán es poder llevarse su cadáver.

Está tan ofuscada, que no reconoce a los mensajeros de Dios, ni al mismo Jesús.

Sólo cuando Jesús la llama por su nombre es capaz de reconocerle. De nuevo los sentidos: la vista, el oído, el tacto ... María se aferra a Jesús. Por fin lo ha encontrado, y no quiere que nadie se lo arrebatase. Pero justo en este momento Jesús va a cambiar su corazón con dos palabras:

- "No me retengas". Esta palabra le hace descubrir a María que el Jesús que ha salido a su encuentro no es el que ella buscaba. No es un Jesús a su medida, que la consuele en su desesperación. Sino el Señor glorificado, que tiene que volver al Padre.
- "Ve y di a mis hermanos". No sólo debe dejar a Jesús, sino que debe convertirse en mensajera suya. Es muy probable que no la crean, porque es una mujer, pero ella asume el encargo. En adelante no buscará su propio consuelo, sino que se dedicará a anunciar a otros la buena noticia de que Jesús a resucitado.

María obedece a Jesús. Se ha dado en ella una gran transformación.

- Buscaba a Jesús, pero ha sido El quien la ha encontrado.
- Buscaba al Jesús terreno que había conocido, pero ha encontrado al resucitado.

Quiero detenerme en el último versículo: "María fue y anunció a los discípulos: He visto al Señor y me ha dicho esto". Creo que puede ayudaros a situar vuestra experiencia creyente como siervas. Lo mejor que María Magdalena puede aportar a los apóstoles es su experiencia de fe. Este testimonio suyo hace que Pedro el Discípulo Amado se pongan en camino al principio, y prepara a los discípulos para reconocer a Jesús cuando se les hace presente (Jn 20,19-23).

Del mismo modo, lo mejor que las siervas podéis aportar a los sacerdotes es vuestra experiencia de fe. Vuestro testimonio de que Jesús está vivo. Por eso, también por eso, es muy importante que mantengáis vivo el encuentro con Jesús.

Yo he vivido diez años con las siervas, y lo que guardo con más agradecimiento de aquella convivencia es la experiencia de fe que me transmitieron algunas de ellas.

Del encuentro con Jesús siempre brota una misión, un encargo. Y al revés, no hay verdadera misión cristiana si no nace de un encuentro personal con Jesucristo.

EJERCICIO 2

1. Invocar al Espíritu, para que ilumine los ojos de nuestro corazón, y nos ayude a ver, oír y tocar a Jesús.
2. Leer despacio Jn 20 dejándonos "tocar" por aquella experiencia. Detenernos allí donde sintamos que se nos "mueve" el corazón.

Releer Jn. 20,1-2. 11-18 y acompañar a María en su proceso.

- Primera visita al sepulcro ¿qué buscamos?
- Sentada junto al sepulcro, llora.
- Entra de nuevo: encuentro con los mensajeros de Dios.
- Diálogo con Jesús.
 ¿A quién buscamos?
- Enviada a los hermanos.

3. Retomar en una acción de gracias los momentos más "sentidos" de este encuentro que hemos tenido con Jesús.